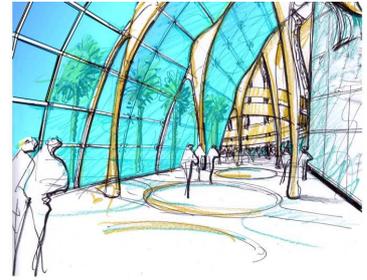


El cumpleaños de Superlux

Centro de Alto Rendimiento de Superactivos (C.A.R.SU.) "Golden Stars" de Komala, Centrocolumnia. Zona 2. Planeta Tierra.



Miércoles 1 de abril de 2.724:

Ming estuvo toda la semana tratando de poner a punto su cochambroso prototipo de bricolaje. Lux no se había separado de él en toda la tarde y esperaba con ansiedad la clase de Robótica de hoy para que el infalible doctor Jota comprobara la última fórmula del teorema; la ecuación de la que dependía nuestra vida.

El verano estaba a la vuelta de la esquina, el curso se acababa. Hasta ahora no podían tener queja de ella, su expediente relumbraba con poquísimos lunares. Pero no estaba dispuesta a seguirle el juego al nuevo gobierno. Los hechos se estaban precipitando y había llegado la hora de actuar, porque posiblemente no tuviéramos otra oportunidad.

El plan de estudios para los Súper llevaba tiempo siendo pisoteado hasta no reconocerse siquiera. La mayoría de superdirigentes de las grandes compañías euroasiáticas hacía tiempo que habían sido desalojados de sus puestos de mando, sin ser degradados a mandos intermedios siquiera, sino obligados a escoger entre un trabajo de carga o ser excluidos a la Zona 3, la cloaca más próxima de la galaxia. Y todo ello, de un día para otro, a la vista de todo el mundo, sin ni siquiera tomarse la molestia de enmascararlo a la Comunidad. Al contrario, nos consta que son legión quienes lo justifican ahora; ya saben, aquello de: "algo habrán hecho".

Lo que antes era una política de reciclaje, por así decirlo, se había convertido en una política de punto y final. Al parecer el mundo era más fácil sin nosotros. Más fácil puede pero no mejor, y bastante más frío y triste.

Los miles de individuos macados de los tres mundos estábamos en peligro mortal desde la última cumbre de los dos poderes supremos. Los teletipos se habían hecho eco sólo de lo superficial, ni una palabra de los motivos del derrocamiento ni de las cifras de la masacre. De los dos terabytes del informe emitido por todos los medios, maquillado por los cuatro costados, *ad maiorem gloriam* del carismático líder colombiano, sólo reservaban 512 ridículas Kb, para citar las multitudinarias manifestaciones de los damnificados.

Nosotros sabíamos por fuentes de total confianza que seríamos los chivos expiatorios del pasado conflicto, aunque no los únicos. Los Centros de Formación (C.A.R.SU.) se convertirían ahora en auténticos guetos para nosotros. Teníamos entendido que los que no pudieran eliminar directamente los mandarían para controlar los disturbios en la zona de exclusión, que es como excluirnos directamente. Y los más peligrosos serían deportados a la vetusta base marciana, para aprovechar sus cualidades en el manicomio mecánico de la cara oculta de Marte. Perpetuamente a la sombra, eternamente dependiendo de las luces de una linterna. Y todo siguiendo una tortuosa ley de clasificación injustificable.

A Dexter, el estrafalario monitor de Informática Multilingüe, mejor no preguntarle nada. Seguro que nos da un librito, para que lo consultemos nosotros. Siempre que alguien tiene una duda te entrega un diccionario bilingüe o un cuaderno explicativo en el idioma correspondiente, y si no, te lo vende, que es peor. Aunque Dex parecía un buen tipo, un joven muy activo sin llegar a ser súper, con una barbita bien recortada, más progre que pedante, y bastante imaginativo para estos tiempos -"an unusual platonic teacher", como a él le gustaba definirse-, que jugaba a ser idealista con sus alumnos, y hasta se acercaba a tirarse unas canastas en el patio del recreo. Pero habría que

verlo renunciar a su forma de vida por un puñado de locos. Se suponía que su inteligencia era natural, al menos, y que tendría cierta sensibilidad; pero hasta cierto punto.

Con Jota siempre te quedaba la duda. Se suponía que estaba con nosotros, pero tenía más pinta de androide que de otra cosa. ¡Siempre tan directo, tan equilibrado y tan distante! Por eso creemos que no tendría imaginación para descubrir la verdad. Y lo necesitábamos. Así que en cuanto podamos le planteamos la ecuación. Le diremos, si nos pregunta, que es mera curiosidad científica. Aunque una cosa es la teoría y otra la práctica. Para eso contábamos con la genialidad de nuestro chino particular.

Ming, X.G. Ming, es nuestro último compañero, el novato de la clase. Él vino de Extremo Oriente para unos meses con su padre, que es el nuevo director del Centro, y le ha pillado todo este altercado más lejos de su casa que a nadie, con la familia partida y con la puerta cerrada, sin perspectivas de que autoricen ya su visado. Por eso es el primer interesado en salir por todos los medios. Y a nosotros nos ha venido como llovido del cielo.

Su padre A.G. Ming sigue siendo una eminencia. Vinieron juntos a principio de curso para sustituir al viejo director Hoseph Von Orf, que decidió tomarse un año sabático dando la vuelta a la Vía Láctea con su propia secretaria, la turgente y resolutiva Carmina Ángelis, una verdadera valquiria. Ming fue el inventor de la mítica impresora 3D-Life, que después perfeccionaron Preston y Morán, y que tantas vidas ha salvado hasta ahora, y es aún una autoridad en el procesamiento del ADN humano. Nuestro amigo fue, literalmente, su mejor experimento, producto de la manipulación genética. Si bien, el chaval está convencido de que hubo numerosos aspectos que no se tuvieron en cuenta en su creación. ¿Podrán creerlo? Hasta los genios tienen problemas de autoestima.

Las tentativas que se hicieron a principios de siglo no eran mucho más avanzadas que la idea de Wells, pero sirvieron para que los científicos volvieran con el asunto, aprendiendo con los avances de la Astronomía y la Genética Aplicada, de las que ya en el siglo XX se dieron los primeros pasos. Ahora X.G. era un cerebro superdotado y todoterreno, a sus dieciocho años conocía todos los avances de algunas materias, en principio dispares, que nunca se había soñado vincular. Entendía más de genética que su congénere Lap-Chee Tsui y casi tanto como su propio padre, y desde luego muchísimo más de matemáticas y de física cuántica que el mítico S. Hopkins y el doctor Einstein juntos.

Pero desde los desastres del 98, provocados por los sabotajes de los Laboratorios Lemercier y su posterior explotación fraudulenta, de donde dicen habríamos salido muchos de nosotros, el Proyecto Genoma Humano 3D había sufrido si no un retroceso, un contundente parón, cuando se pudo demostrar que el 0,0001% de posibilidades de error era una probabilidad muy factible, pues se habían encontrado fallos en la secuencia de nuestra cadena de genes, que reducían considerablemente su exactitud, y la limitaban ahora al 99,999%; una imperfección peligrosa e inasumible para algunos.

Por eso Superming trabajó con plena libertad –aunque sin el apoyo oficial- hasta encontrar la clave de la fórmula magistral que nos llevaría más allá de donde la Aeronáutica ha llegado jamás.

Cuando llegó la hora de Robótica, Superlux no puede decirse que actuara con demasiado tacto; se conformó con ser eficaz. Esperó la llegada del profesor antes de pasar por el umbral de la puerta. Lo recibió sin una sonrisa siquiera. Y cuando Jota quiso apoyar la mano en su hombro, lo agarró por la muñeca, como una argolla de acero se clavaría en la silicona, y lo detuvo antes de entrar a la clase, al mismo tiempo que le miraba a sus fríos ojos grises. A un robot no le hubiera temblado la voz al interrogar a una de sus mejores alumnas. Jota pareció asustado. Conocía de sobra la

descomunal fuerza de Superlux, pero también sabía que hacía años que ella no había hecho daño a nadie, y menos a su propio tutor.

- Tenemos todavía algún asunto pendiente. –Dijo mi amiga, girándole el brazo hasta dejar su mano hacia arriba-. Unas dudas...urgentes. Míranos esto. Y dínos si es correcto.

Y le entregó un papelote arrugado con la dichosa ecuación.

Aunque era la resolución del problema que había planteado X.G., por sí misma no desvelaba nada importante.

- ¿Qué es? –preguntó sin más, el profesor, entrando a la clase por fin.
- Una invitación...para mi cumpleaños. No se te ocurra decirme que no. –Acertó a decir Superlux, no sé si porque era eso lo que había pensado soltarle o porque había varios alumnos cerca y no quiso dar más explicaciones.
- Y ¿dónde lo celebras? –Preguntó J para seguirles el juego.
- Pues mira –empezó a decirle Lux-; había pensado en un lago plateado del norte de Marte, que estuve con mis padres el verano pasado, pero me han dicho que en Titán hay una marcha de Súper increíble, y luego podemos hacer un circuito, por lo visto es muy grande y se pueden hacer muchas cosas.
- Y, ¿cuándo has dicho que es, el cumple-años?
- El sábado. –Contestó Lux.
- ¿Este sábado? ¿Estás bien, hija? Te recuerdo que aún no se puede viajar a la velocidad de la luz. Y que han muerto todos los que lo han intentado.
- Tú mira ese papel y luego hablamos, vale. –Concluyó Superlux divertida.

La clase se desarrolló más aburrida que nunca, sin apartar la vista del doctor J, que no parecía inmutarse. Lo vieron sacarse el papel y mirarlo poco después de tomar asiento en su mesa, y garrapatear con el puntero el cristal de cuarzo de su trasto personal. Por un momento me pareció percibir en él una taimada sonrisa.

Cuando terminó la clase me demoré en recoger y ordenar las cosas del pupitre, mientras el aula se iba quedando vacía. Superlux se había quedado sentada en su asiento también. Cuando salieron todos, nos acercamos los dos hasta él. El brillante profesor no se movió de su sitio, apenas levantó su cabeza. Bajo su mano derecha aún retenía nuestra nota. Se mantuvo unos largos segundos en silencio y luego preguntó socarrón casi en susurros:

- ¿Qué queréis?
- ¿Que si aceptas...la invitación? –Volvió a interrogar a su vez Superlux, enigmática, imitando su mismo tono de voz.
- Bueno...¡Humm! Esto es bastante peculiar. Este tipo de planteamiento no tiene mucho sentido. Pero las operaciones parecen estar bien. –Dijo el profesor.
- ¿Estás seguro, Jota? –Le dijo ella, acercándose hasta casi rozar su cara.
- Sí. ¿Es para un concurso? Podría presentarlo a uno de esos programas para genios. Es una solución hermosa, una solución romántica de la ecuación. Me recuerda un jaque mate de Capablanca a Alekhine en el Campeonato Mundial de principios del siglo XX. Creo que en el año 192...
- ¿Qué quieres decir, con eso? –Le interrumpió Superlux- ¿Está bien o mal?

Nos miró de hito en hito y luego preguntó:

- ¿Quién ha sido “el genio”? –Y lo acentuó con retintín.
- Eso no importa. –Contestó Superlux, cada vez más impaciente.
- Sólo era para felicitarlo. Es una solución brillante.

- ¿Quieres decir que está bien, entonces? –Contesté yo, para tratar de aclarar la cuestión de una vez.
- Bueno, -empezó a divagar de nuevo marcando cada sílaba lentamente, como en él era habitual- como fi-nal, es un fi-nal fe-liz, un fi-nal ge-nial, sin duda. Pero habría que ver el ca-mi-no que lo ha llevado hasta ese pun-to. Esto tiene el aspecto de componer un teorema mucho más complejo, que seguramente no esté bien planteado. Es muy im-pro-ba-ble, por no decir im-po-si-ble, una solución de ese tipo.
- Pero si está bien, está bien, ¿no? –Insistió Superlux, cortante.
- Sí. Si está bien, está bien. Pero puede que no sirva para nada. Esto, así, tal cual, me parece correcto. –Concluyó-. Pero yo sólo podría estar seguro conociendo el planteamiento des-de el prin-ci-pio.
- Pues lo siento pero eso va ser im-po-si-ble. –Salí yo al paso, contundente, imitándolo.
- Pues, entonces necesito más tiempo para pensarlo. –Y después de un largo silencio, preguntó sin separar sus ojos de los de ella.
- Y ¿cuándo has dicho que era...El Cum-ple-a-ños?
- Este mismo sábado. –Respondí de inmediato.
- ¿Estáis locos o qué? ¿Os queréis burlar de mí? De todas formas, dejadme que lo mire unos días, ¿de acuerdo? Mañana, que tenemos clase de nuevo, o el viernes, os digo algo seguro. Me encanta que me pongan a prueba. Sobre todo...
- ¡Tienes hasta mañana a las diez! -Le cortó Superlux- Si no, no habrá Cumpleaños ni para ti ni para nadie.

Pegó la vuelta y salió, empujándome, de la clase, dejándolo con la palabra en la boca.

Después, cuando nos quedamos solos, los dos coincidimos en que no parecía la forma más correcta de pedir un favor, pero la parsimonia de Jota nos desquiciaba.

Jueves 2 de abril de 2.724

La primera noticia que tuvimos al ser despertados por los estridentes altavoces del Centro, fue que el nuevo gobierno de Columbia había decretado el toque de queda en todos los Campus de la Tierra. Las verjas de todo el recinto exterior se habían clausurado y la cúpula de alta seguridad, que jamás había funcionado hasta ahora, se elevaba como un inmenso invernadero por encima de las extensas instalaciones. Además los teléfonos desde ese momento dejaron de funcionar como tales. ¡Estábamos atrapados!

Desayunamos muy rápido y nos dejamos la mitad sin tomar.

A las 8 h. cuando entramos en clase de Biología Molecular se respiraba un ambiente sobrecogedor. Carson, el más exigente de nuestros monitores, llevaba ya un rato sentado en su mesa, viéndonos llegar a todos en absoluto silencio, como sumisos seres humanos. Cuando entró el último alumno, que fue Superlux, porque estuvo en la clase de al lado pegando la oreja, se puso en pie sin abandonar su semblante de preocupación y dijo:

- Señores. Hoy, mejor que cualquier otro día, vamos a examinar la diferencia genética entre un ser humano estándar y uno de vosotros.

Carson, que también tenía una superalumna de su sangre estudiando en el último curso, Souleima, quería ser amable para despedirse de los mejores alumnos que iba a tener en toda su vida, aunque también los que más le exigieran.

La clase que empezó gélida fue poco a poco animándose hasta convertirse en un absoluto clamor, cuando a cinco minutos del final, Superming demostró en la pizarra fehacientemente el empate técnico. Y, aunque esto hacía siglos que se sabía, el bueno del doctor Carson lo había querido sacar

ahora a la luz como un homenaje a nosotros mismos, pues en realidad lo que demostraba era que esa inmensa capacidad y polivalencia característica, no procedía de ningún género, raza o especie diferente.

De 9 a 10 le tocaba el turno a la doctora Ecolina, que nos daba Medicina Natural. Su inquietud, su alegre sonrisa y su pelo rojizo y rizado destacaban sobre su bata blanca y le daban un aire de payasita entrañable. Aunque no estuviese diagnosticada, para nosotros era Superecolina la de Medicina. Sin embargo parecía que no hubiera cambiado nada para ella. Pero no era cierto, estoy seguro que lo había sentido más que nosotros mismos. Sólo que ella era una verdadera profesional. Cuando empezó a hablarnos del estudio de las propiedades de algunas hierbas aromáticas de Nepal, capaces de prolongar inusitadamente la vida de algunos organismos, me di cuenta que había huecos en el aula. Faltaban Lux y Nereida, por lo pronto, que estaban juntas a la izquierda. Faltaba Superming, que se ponía siempre delante en primera fila, y alguno más, que andaría probablemente con ellos.

La clase se desarrolló sin novedad. No es cierto, tan callados como en un funeral, y tan lentamente como si los oficios los celebrase un anciano y triste sacerdote.

¿Dónde estarían todos? Damon, mi compañero y guardaespaldas, me dijo que faltaban también Matie y Lorie. Luego me enteré que andaban reclutando personal. Quedaba poco tiempo y había que asegurarse de que los que se atrevieran a dar el salto lo harían plenamente conscientes del riesgo y de las consecuencias. Por eso no habíamos querido decir nada a los menores de doce años, pero me temo que se había corrido la voz. Aunque los pequeños vivían en su mundo y se los conformaba fácilmente, estaban sobre nuestra conciencia. Pero no había un plan "B". Esa era la realidad.

El centro contaba con unos 300 alumnos comprendidos entre los seis y los diecinueve años, de los cuales 160 pasaban de 12 años y 140 no. Pero, trágicamente, sólo podían venir una quinta parte; unos 25 ó 30 súper a lo sumo, según los cálculos de Superming. Desgraciadamente no había sitio para más. El resto era cosa de ellos. ¡Un verdadero holocausto!

Superlux y Supernere habían ido con su chinito a comprobar el estado de los hangares. El lugar es el secreto mejor guardado de nuestro Centro. Sólo ponerlo por escrito me da pavor, por si alguna vez llegase a manos enemigas. Pero es mi deber, por si todo esto no hubiera servido para nada, para que conste y para que no vuelva a repetirse jamás esta infamia.

Lo diré: Nuestro lugar secreto es el ático del comedor de los mayores, una buhardilla oculta por encima de nuestros comedores. Creemos que ya nadie sabe que existe esa habitación, salvo nuestros amigos más íntimos, porque no tiene acceso por el comedor, sino por una estrecha escalera que hay en el antiguo dormitorio del servicio, un dormitorio que ya no se usa porque se quejaban de ruidos extraños y lo pusieron en la residencia del profesorado, aunque conserva sus camas y sus armarios y todo. Esa planta la descubrió Superlux hace ya mucho tiempo, en su primer curso en el Centro, precisamente el día que cumplía ocho años de edad. Ella se coló ese día aprovechando que estaban limpiando y se quedó allí muchas horas perdida, hasta que la encontraron al día siguiente durmiendo detrás de la puerta.

Lo que vio en aquel lugar secreto no lo contó hasta mucho tiempo después. Contó que estuvo escondida detrás del armario hasta que se fue la limpiadora. Y que al meterse hacia dentro descubrió tras un grueso entablado deslizante un estrecho hueco en la parte baja de la pared, suficiente para que entrara el cuerpecito de una niña flacucha –como antaño habrían pasado otros niños como ella-. Entró por el oscuro agujero alumbrándose con su chisme y se deslizó agachada

por un pasadizo hasta dar con la base de una exigua escalera de caracol con los peldaños metálicos. Ascendió sudando con cuidado con el rictus contraído por la tensión, hasta salir a la superficie, tenuemente iluminada por una claraboya en el techo, que apenas dejaba pasar la luz tras una persiana. El techo era bajo, pero no tanto como para alcanzarla, por lo que continuó usando su trasto como linterna. Tropezó con algo y cayó golpeándose en la cabeza y rodando por los suelos. Seguramente debió perder el conocimiento unos momentos. Cuando abrió los ojos no encontró su pequeño aparato. Volvió la cabeza hacia la escasa claridad que salía de una ventana casi cerrada que no había visto antes, bajo la cual apenas se distinguía lo que parecía un enorme arcón. Se acercó a gatas hasta allí y se levantó apoyándose en el viejo mueble. Era un gran baúl con la tapa ovalada, como esos arcones de las cámaras antiguas, donde se dejaban abandonados mil cachivaches o se guardaba toda la ropa de temporada.

Entonces -nos contó- quiso abrirlo, para lo que debió usar toda su fuerza. Cuando consiguió alzar la tapa -decía siempre Superlux- salió un destello fulgurante de allí, que le cegó completamente la vista. Nos dijo que cuando dejó de tener deslumbrados los ojos, contempló una especie de pozo de luz en su interior, donde se veían millones de estrellas fugaces y de sistemas planetarios girando en un inmenso y profundo cosmos. Nos contó muchas cosas más, algunas absurdas que no me atrevo a referir, como si aquel baúl ocultara la puerta de otro Universo paralelo. Sin embargo ninguno de nosotros alcanzó nunca a ver aquellas maravillas y, en voz baja y a sus espaldas, las hemos considerado simples fantasías, las extraordinarias fantasías de Superlux.

Entre los cacharros que sacamos de aquel baúl encontramos dos llaves dentro de un llavero de acero con forma de ocho - o de símbolo del infinito -, que estaban colgadas en el exterior en una de sus grandes asas. Una de ellas, mucho más grande que la otra, era la de la tapa del propio arcón. La otra, y esto lo supimos afortunadamente a tiempo, era la del montacargas del ático, el mismo gran ascensor que servía para suministrar los palés y los sacos de alimentos a la cocina en la planta inferior.

Aunque hace tiempo que se llevaron de allí aquella arca cósmica, la cámara es un lugar misterioso y romántico que nos ha servido durante todos estos años para ocultarnos, para jugar, para reír, para llorar, para esconder mil trastos y para otras muchas cosas, algunas de ellas inconfesables.

Es sin la menor duda un sitio especial, un sitio mágico. Un lugar donde uno se siente como en otro mundo, especialmente si te colocas debajo de la ventana con los ojos cerrados, justo en el lugar que ocupaba el arcón. Por eso, cuando le propusimos a Superming la construcción de aquel artefacto, todos pensamos que, aunque no fuese muy grande, aquel era el espacio adecuado. Y ese montacargas providencial, que para todos los demás llegaba sólo a la primera planta, nos sirvió para llevar hasta arriba, tornillo a tornillo, todos los materiales que requería nuestro invento.

Eran las diez menos cinco y Superlux aún no había aparecido. Entró el doctor Jota y cuando se dispuso a cerrar la puerta, pasaron de golpe un grupo de alumnas corriendo y dando un portazo, que a punto estuvieron de dar con él en el suelo.

Detuvo este a la banda de energúmenas antes de que se sentaran y les preguntó enojado de dónde venían. Eran Lux y sus secuaces: Supernere, Superlorie y Supermatie. Callaron un momento, hasta que Superlux respondió tan fresca:

- Venimos de invitar a unos amigos a mi cumple. -Y se echaron a reír descaradas- ¡Ji, ji, ji, ji!
- ¡A sentarse todos! Por favor, ya está bien. -Tuvo que decirles Jota, conteniendo a duras penas su rabia-. Ya hablaremos luego -terminó por decir en un tono que quiso y no pudo ser amenazador.

La clase de Robótica pasó con mayor tensión aún de la esperada. Nos parecía entrever en cada una de las palabras del doctor una doble y siniestra intención. Pensábamos que si Jota hubiera sido uno de los nuestros ya habría explotado una de tantas veces en que habíamos puesto a prueba su paciencia. Pero no, hasta ahora había salido airoso de todas nuestras afrentas y siempre había reaccionado “adecuadamente”. Y, ¡vamos a ver!, una cosa es defender a los míos y otra estar miope y no darme cuenta de nuestras reacciones. Si, en realidad, fuese una persona de verdad, ya nos habría tirado a todos por la ventana, no les quepa duda. Jota sólo puede ser una de estas dos cosas: o es un espía o es un maldito robot, y en ambos casos estaría a las órdenes del Gobierno.

Una vez terminada su clase y se largó todo el mundo, me quedé con Superlux para oír por fin el veredicto. Como ayer, nos dirigimos a su mesa y permanecemos de pie, frente a él. No voy a entrar en detalles. Sólo decirles que insistió –sin ningún rubor- en conocer a su autor y, como no soltábamos prenda, tuvo que aceptar a regañadientes la exactitud de la ecuación, pero en ningún momento se mostró dispuesto a ir más allá o a aclararnos alguna duda. Su único consejo “como tutor y responsable de nuestro porvenir”, fue que nos abstuviéramos de la puesta en práctica de dicha ecuación porque sus consecuencias eran imprevisibles y, además, podía considerarse un atentado al nuevo orden establecido.

Sería la última vez que entraríamos a aquella aula.

La conversación con Jota nos puso literalmente en órbita. Nos dirigimos directamente a nuestro cubil para compartir las malas noticias. Allí Superming le gritaba a su compañera Supernere para que lo dejase tranquilo concentrarse en su trabajo.

- O se va esta de aquí ahola mihmo o me algo a Hong Kong yo solito, ¡calamba!

Ming llevaba unos días trabajando a revienta-calderas y no soportaba aguantar nada más. Dentro de su máquina, con la luz de su frontal encendida, con las manos tan sucias y gritando impropiedades parecía un mecánico de otros tiempos. Sin embargo, aunque el espacio estaba en penumbra, porque apenas conseguían iluminarlo un par de viejos focos que apuntaban al panel delantero donde trabajaba X.G., la visión de aquel artefacto incrustado en los muros de la habitación, sin apenas un resquicio vacío, era impresionante; un montón de hierros retorcidos, pintados en mil colores, según el humor y el capricho de Superlux, lleno de palancas y cables por todos lados, y casi listo para alojar a treinta personas, para las que habían dispuesto unos simples bancos corridos de madera.

Ya teníamos hasta nombre para el estrafalario prototipo, se llamaría **El Aleph**, en homenaje al fantástico relato de J.L. Borges, un clásico que perdura a pesar de las purgas de unos y otros dirigentes. En aquel cuento se describía un lugar similar al que Superlux se encontró allí arriba.

Cuando les contamos los detalles de nuestra entrevista Supernere estuvo a punto de echarse a llorar, Superming, sin embargo, siguió tan tranquilo en lo suyo; tenía plena confianza en su trabajo, aunque temía que lo descubrieran antes de estar terminado.

- Llévala po ahí, ¡pol favó! Que no me deja pensal. –Se quejó el chino, cansado de oír hablar a su compañera.
- Vámonos Nere. Tenemos mucho que hacer. Hay que salvar todavía algunas vidas antes de que termine el día. –Concluyó Superlux, asiendo de la muñeca a su amiga y llevándosela casi a rastras hacia las escaleras.

11,30 h. Entramos justo a tiempo a la clase del doctor X: Física Cuántica. Tan de moda entre los súper de todos los C.A.R.SU. del planeta. Esta materia había evolucionado bastante, y se estaba

popularizando rápidamente. Incluso habían homologado alguna de sus aplicaciones más impactantes para exhibirlas en alguna atracción ferial, donde habían dispuesto unos espaciosos recintos con postas decoradas con las imágenes representativas de otros planetas y otros mundos lejanos, donde te podías desplazar en un instante de una a la otra por un módico precio, simulando el efecto de un viaje interestelar –aunque quien me lo contó (sería un androide) no le pareció que fuese muy emocionante y más bien se inclinaba a pensar que la atracción no tendría mucho futuro. El doctor Xavier nos recibió con una triste sonrisa. No quiero decir que fuera una sonrisa falsa, sino más bien como poniendo al mal tiempo buena cara. Como casi todos los monitores, parecía darnos a entender que le apenaba la situación que estábamos sufriendo. Al menos era un consuelo. Pero, que yo sepa, no habían dejado una puerta abierta para los profes ni nada de eso; estaba por ver que ellos no corrieran peligro.

Por si aquel fuera el último día que estaba con nosotros, el simpático y sabio doctor X pensó en hacernos un repaso de los avances de la Física Moderna. Nos dejó a todos embobados hablándonos de los primeros tiempos de la paralización de la luz, que supuso el principio de lo que era actualmente el Internet Cuántico –tal vez el invento más importante para los impacientes Súper-; nos habló de la relación de los fenómenos Poltergeist con los agujeros negros; de las románticas historias de fantasmas y de espiritismo que habían ido explicándose científicamente...

En mitad de la clase Superming le pidió si podía recordarles en qué situación estaba en la actualidad la clásica paradoja de Schrödinger, el conocido experimento del gato encerrado en la caja de uranio. Y así fue como nos estuvo amenizando la clase hasta el final con un discurso entre poético y nostálgico, lleno de referencias a escritores e investigadores antiguos, y presentándonos un futuro, si no perfecto, sí bastante esperanzador, gracias a la previsión de alcanzar a medio plazo un conocimiento y un instrumental capaces de desvelar la existencia de infinitos universos simultáneos, aunque de momento, infranqueables.

Al salir de clase nos enteramos de que habían detenido al doctor Carson y se lo habían llevado esposado en una furgoneta fuera de nuestro recinto, dejando una patrulla de androides de clase “P” para controlar el interior.

A las 12,30 h. y para cerrar, como siempre, la semana, teníamos Álgebra, mi asignatura favorita, a pesar de no haber aprobado ni un solo examen. Y todo el mérito hay que atribuirlo a nuestra supervedette, la señorita Sol, una desenfadada y despampanante artista de los números, que me tenía obnubilado, con sus lánguidos ojazos, sus elocuentes caderas y su descuidado escote, que exhibía de pupitre en pupitre, acudiendo solícita a los ruegos y preguntas de sus fervorosos alumnos.

Desgraciadamente aquel día Supersol no estimó deleitarnos con sus alegres prendas, ni siquiera con un semblante agradable. Era tan ingenua que no sabía disimular su furia. El toque de queda primero y la detención del doctor Carson, después, con la incursión de los policías de poliéster, la habían hecho enfurecer. Y Supersol podía ser temible como enemiga, por eso nosotros la queríamos en nuestro equipo. Además de sus elocuentes encantos y su hiperactividad natural se había sabido reservar para las ocasiones especiales algunos otros poderes. Y ahora había decidido que este era un buen momento para sacarlos a la luz.

A Supersol la descubrí cuando intentaba hacerme comprender un logaritmo neperiano bastante asequible, al menos para los demás. Era la tercera vez que la llamaba para que me aclarara el asunto. Tenía un poder omnímodo sobre mí. Las primeras veces había disfrutado asomándome a su exuberante balcón, pero esta vez se paró frente al pupitre, y –recatadamente- se agachó al ponerse a mi lado; para ver sin ser vista. Así es que tuve que girar la cabeza descaradamente hacia atrás

para poderla observar. Estaba toda la clase pendiente. Entonces se comunicó con mi cerebro sin abrir la boca siquiera:

- Deja de mirarme las tetas y concéntrate en el logaritmo, ¡gusano! –Entendí con nitidez pero sin oírla.

Volví la cabeza sorprendido y asustado, y en cinco segundos de concentración comprendí el intrínquilis de la operación matemática. Hasta ese momento nunca me pareció que mi problema más grave fuera la falta de atención.

Otras veces -lo supimos mucho después-, Supersol se había comunicado con nosotros y nos había ayudado anónimamente.

Aquel día recibimos todos al unísono un mensaje al entrar. Se quedó muy seria mirándonos desde el estrado y sin volumen nos dijo:

- ¡Chicos! Estad atentos a lo que os voy a decir. No os asustéis, soy yo, Sol, la seño Supersol. No contestéis ni os alarméis. Ahora seguiremos la clase como si cualquier cosa. Y no miréis a las cámaras de vigilancia. –Esto nos dijo sin hablarnos.

Nos quedamos petrificados mirándonos unos a otros. Luego siguió diciéndonos ya sin quitar el volumen normal de su voz:

- ¡Chicos! Vamos a trabajar. Hoy para que no se relajen demasiado: ¡EXAMEN! Copien y resuelvan los siguientes problemas de la pizarra: (...)

Y Supersol empezó a rellenar la pizarra de números y símbolos con su habitual celeridad –ella dominaba el arte de escribir con las dos manos a la vez-. Otros ejercicios los dictó simplemente – eso sí, sin parar de escribir-. Nuestros preferidos eran los típicos puzzles lógicos y matemáticos del estilo a ese que hay que acertar el día del cumpleaños. La hermosa profesora lo planteó más o menos así, poniendo de ejemplo a Superlux, que sabía cumpliría años el sábado:

- "El día anterior a ayer Lux sólo tenía 17 y el próximo año tendrá 20. Esto es verdad sólo un día en el año. ¿Cuándo es el cumpleaños de Lux? "

La solución no sólo era complicada, sino a la vez verdad y mentira. Lo que provocó en nosotros, - especialmente en mi amiga-, la aludida, no poca inquietud, pensando en que tal vez nuestra superprofesora trataba de hablarnos en clave.

De pronto, mientras dilucidábamos el enigma en voz alta recibimos otro mensaje inequívoco de nuevo:

- Estamos todos vigilados. Debemos escapar del centro lo antes posible. Hay que buscar una salida. Creemos que se proponen infectar las conducciones del agua. Y pueden empezar por las duchas del gimnasio. No hagáis deporte esta tarde. Y si lo hacéis no se os ocurra ducharse ni beber agua que no esté embotellada.

Supersol había hablado ya en la sala de profesores con Ecolina y con el doctor X sobre la situación tan apremiante. Habían hablado de la captura del doctor Carson y de la posibilidad de que alguno de ellos fuera detrás. Juntos se habían ido a hablar con el director del centro, para que les explicara de primera mano qué es lo que estaba pasando.

El director, A.G. Ming, el padre de Superming, les había dicho que lo único que sabía es que las órdenes no las había dado él; ni él había declarado el toque de queda ni tampoco la detención del doctor Carson. Tan sólo había hablado con el jefe de policía al llegar, para decirnos que ellos se harían cargo de la situación y para que le diéramos unos planos del recinto. Éste sólo le dijo que actuaban por órdenes superiores, órdenes que Ming ya conocía por un mensaje oficial que había recibido un minuto antes del toque de queda. Después de eso, Gelleng, la secretaria, los acompañó

a dar una vuelta por todas las instalaciones, dejándolos finalmente en las habitaciones que habían dispuesto para ellos en un ala de la Residencia de Profesores.

- Se supone que usted puede abrirnos cuando tengamos que marcharnos a Komala de compras –le preguntó Ecolina al director- y que la semana que viene, tras la clausura, nos abrirá para dejarnos ir cada uno a su casa, ¿verdad?
- Pues lamentablemente no podré hacerlo.
- ¿Por qué? –Se interpuso el doctor X- ¿Acaso está usted de acuerdo con esta encerrona?
- Esté o no esté de acuerdo no es el problema, sino más bien, que no sé ni cómo se abre ni cómo se cierra este mecanismo. Y ni siquiera he podido comunicarme con el Inspector de Formación del Gobierno, porque no funciona ni mi teléfono ni ninguno del Centro.
- Es decir –siguió con la conversación Supersol-, que estamos todos atrapados: profesores, alumnos y hasta usted mismo, ¿no es cierto?
- Eso parece, efectivamente –tuvo que reconocer el sabio profesor Ming.
- Entonces, ¿qué piensa hacer? ¿Se va a quedar aquí como un pasmarote a que lo liquiden? Es usted el enemigo número uno, piénselo, el cerebro más importante de los Súper. ¿O se va a ir de aquí con nosotros? Será nuestro líder. ¿Quién mejor que usted?
- ¿A dónde van a ir? No se puede hacer nada. Conozco este recinto. Es imposible salir de aquí. El Centro es un bunker a prueba de bombas atómicas. Se supone que pronto nos comunicará el nuevo gobierno sus intenciones. Espero que todo termine pronto y vuelvan las cosas a ser como antes.
- No sea inocente, Ming, el gobierno ya ha hablado encerrándonos en esta pecera y de aquí sólo saldremos con los pies por delante. Nos tiene que ayudar a encontrar una salida –dijo el doctor Xavier-, aunque sólo sea por el futuro de sus hijos.

A.G. tenía otros dos hijos mayores estudiando en la Universidad de Hong Kong, en su querida y lejana ciudad.

Al final, a regañadientes, el viejo y genial doctor Ming, tuvo que claudicar:

- Está bien, estoy con vosotros. Supongo que tenéis razón. Si nos quedamos aquí parados nos freirán como boquerones estos...
- ¡Bravo! ¡Eso es! ¡Así se habla! –gritaron al unísono todos los monitores, y directamente empezó a exponer la situación como un jefe nato que era:
- Tenemos dos problemas principales: Buscar una salida y librarnos de la policía. Y las dos cosas son imposibles. Los robots están armados y al menor síntoma de agresión saltará la alarma y tendremos a todo el ejército dentro del recinto. Tenemos que actuar deprisa pero con sumo cuidado. ¡Gelleng! Por favor, acércanos una copia del plano del recinto que le has dado a los polis. –Cosa que hizo su querida secretaria y esposa inmediatamente, con el semblante descompuesto por la nueva perspectiva que se le planteaba.
- Lo primero es buscar a mi hijo –dijo a su marido mientras desplegaba en la mesa el gran pliego de papel.
- Tu hijo sabe cuidarse, Gelleng. Ahora tengo clase con él; yo los pondré sobre aviso. – Comentó Supersol para tranquilizarla.
- Sí, eso, avisa con cuidado a los alumnos que puedas, Sol -apuntó A.G.- Y los demás igual, podéis correr la voz de que hay que marcharse. Cuando terminemos de almorzar daremos una batida por todo el recinto, nos dividiremos en varios grupos para no levantar sospechas.
- Ahora que lo decís –saltó la secretaria alarmada-, los policías me han preguntado dónde estaban los depósitos del agua y por dónde pasan las conducciones hasta el gimnasio. Seguro que quieren envenenarnos.
- ¿Y tú que les has dicho, Gelleng? –Preguntó alarmado su jefe y marido.

- Sólo les dije que están en el estanque, ya sabes, pero no les dije que estaban cerrados con un gran candado y una clave de diez cifras. A mí no me la pidieron.
- Acaso crees que a los polis les hace falta tu clave, querida. Tienen la clave maestra de todos los accesos y de todas las puertas y cajas del centro, como San Pedro –les recordó a todos A.G., sin perder el buen humor.
- Pues habrá que avisar de que no usen las duchas del gimnasio y que traten de beber el agua embotellada -advirtió Supersol-. Está bien, no hay tiempo que perder, volvemos a vernos aquí después del almuerzo.

Y se despidieron dejando a la pareja preocupada haciendo planes de fuga, y ellos camino de las aulas para avisar a los chicos de todo. ¡Empezaba la Revolución de los Súper!

Cuando terminó la clase de Supersol, la perseguimos para hablar del asunto. Compartimos con ella nuestro secreto, aunque no pareció muy entusiasmada con la idea ni mucho menos. Le dijimos que el doctor J había ratificado la cuestión técnica, pero que sin embargo no había recomendado su puesta en práctica por nuestra seguridad. Al final le rogamos que no le diera detalles del proyecto, puesto que no nos parecía de fiar.

Supersol nos dijo que éramos unos chicos muy espabilados para nuestra edad y todo eso, por haber presagiado aquel cataclismo y haber reaccionado tan pronto, pero la verdad es que Superming ya había realizado algunas pruebas en su zona con algunos modelos monoplaza, según nos dijo al llegar, y por eso a Superlux se le ocurrió que podía ser una buena idea para entretenernos. La nueva finalidad del aparato es de hace un par de semanas tan sólo. La señorita Sol nos recomendó –con nuestro mismo criterio- que sólo lo contáramos a los mayores, y entre ellos sólo a los que pensáramos que aceptarían sin dudar el riesgo del viaje en aquel vehículo de juguete.

Superlux se acordó de la broma que le había gastado al doctor Jota y pensó en organizar algo divertido. A los elegidos le entregaríamos una Invitación para su Cumpleaños, advirtiéndoles que contenía una nota secreta, para que la mirasen detenidamente con la luz azul de su trasto, la aplicación de luz ultravioleta que solíamos usar para los mensajes secretos. –Chismes, citas, difamaciones, declaraciones amorosas e incluso chuletas para los exámenes, aparecían y desaparecían en segundos-. La nota invisible explicaría brevemente el asunto y serviría de entrada directa a la nave: *“On Saturday, the 4rd of April (11:30 h.) in The Lost Room”*, decía la invitación. De esta manera sólo se enterarían los afectados y a la vez no levantaríamos sospechas ante las cámaras de seguridad.

Damon estaba ya saltando en la cama para celebrar la inminente escapada cuando llegué a la habitación. Superming aún no había llegado y el pequeño Playmóvil andaba hurgando en las mochilas, buscando un cacharro (él lo tenía restringido) para relajarse un poquito con lo suyo –lo suyo era cualquier cosa que saliera por una pantalla pequeña: unos juegos, los dibujos animados, un vídeo cutre casero...- Empecé insultando casi a Superdamon y riñendo al hermanito de Lux al llegar, aunque confieso que a cada segundo con menor convicción, pues me contagiaron pronto su entusiasmo y enseguida sucumbí a la liberación de dejarme llevar por mi instinto. Cinco minutitos arriba y abajo desfogando para hacer ganas de comer, y luego reposar un rato con el chisme que llevaba toda la mañana en silencio, con la dichosa ley seca telefónica, podría hacerme mucho bien y no perjudicaría a nadie. Sólo el sólido material de última generación de las camas, elaborado especialmente para nuestros centros, podría tener la consistencia suficiente para el trote que le dábamos hombres hechos y derechos ya. Por un momento, subiendo, bajando y gritando a la vez, pensé en que aquellos felices momentos tal vez nunca volvieran.

A las 14 h. era el almuerzo y al terminar teníamos hora y media de estudio obligatorio y soporífero en dos enormes aulas paralelas a los comedores, hasta la hora de Gimnasia, que era lo mejor del día para casi todos.

A las 17 horas teníamos dos horitas de Educación Física y Deportes con Many y Matie, nuestra parejita encantadora de profesores de gimnasia, que en realidad andaban siempre a la greña.

Me acerqué a Superman –como llamamos a Many- para preguntarle si tenía mucha exigencia la clase de hoy, por si nos hacían sudar de lo lindo, para después tener que ducharnos. Pero me dijo que no, que habían pensado en una clase de orientación espacio-temporal usando todo el perímetro del recinto y hasta los GPS de nuestros trastos. Sin duda estaban al tanto de la situación y aquello era la forma de enmascarar nuestra prospección de los puntos débiles del CARSU.

Al menos la mitad de los alumnos del centro tenían clase de gimnasia a la misma hora que nosotros, con distintos profesores, por supuesto, y el resto se repartían en las demás actividades más o menos lúdicas y prácticas fuera del aulario; Música y Canto en el Anfiteatro Wagner o en la Netrebko Music Hall -la sala de conciertos-; Física y Química en los laboratorios Curie; o Espiritualidad en la Sainte-Chapelle.

Por lo que los alumnos se repartían por las numerosas instalaciones del centro, siguiendo un orden planificado tan exhaustivamente como el de las asignaturas teóricas. Concentrándose al término de las mismas en dos sitios clave: los vestuarios anexos a los campos de deportes y la puerta de entrada de los pabellones residenciales. En la puerta de ambos lugares habían organizado un control, nuestros huéspedes inertes.

Ya con la ropa de deporte en el estadio, nos dijeron los profes que sería una clase de Geocaching, que era un juego que consistía en encontrar un tesoro que habían escondido ellos dentro del recinto del CARSU, valiéndonos del GPS de nuestros trastos. Nos juntamos por parejas que ellos ya traían adjudicadas y nos entregaron un papel con las pistas necesarias para conseguirlo y los puntos por donde debíamos pasar, ya que no funcionaban los teléfonos. Cada papel venía en un sobre cerrado con el lugar del centro desde donde empezábamos a jugar. Y no podíamos abrirlo para leerlo hasta que no llegáramos a nuestro punto de partida.

Me tocó con Damon de pareja. Nos dieron el sobre y empezaba la clase. El nombre que ponía en el nuestro era la Biblioteca. Tardamos un rato en darle la vuelta al recinto, pasando por los laboratorios, donde se veían muchachos asomados por las ventanas. Dejamos también atrás las salas de juegos y pasamos por la misma puerta del gimnasio que resonaba como de estar en plena actividad. Junto al edificio del gimnasio, por detrás, está la Biblioteca. Nos paramos en la entrada, y sin pasar hacia dentro, abrimos de prisa el sobre. Decía más o menos así:

“Esto no es un juego. Alumnos, profesores, directivos y demás personal del centro estamos en peligro de muerte. Cada uno tenemos una misión para tratar de escapar con la mayor urgencia. En cualquier caso, antes del domingo. Si no, será tarde para todos.

Vuestra misión será, durante el tiempo que dure su clase, encontrar un punto débil en la zona sur del Centro, en la antigua salida a la carretera de Komala. Y si no lo encuentran, deberán ir a la Biblioteca para buscar un libro o un manual que nos ayude a conocer el mecanismo de la cúpula. Y regresar a las instalaciones deportivas con un informe de todo. Nada más. Repetimos: Esto no es un juego. Suerte. –El rector A.G. MING y su equipo directivo”. Al final en mayúsculas ponía: “DESTRUIR ESTE PAPEL AL TERMINAR SU LECTURA”.

- ¿Qué te parece? –Saltó entusiasmado mi colega-. Lo más apasionante que hemos hecho en nuestra vida, chaval.
- Es verdad, tío, ¡qué emocionante! Pero ¡vamos! Quema el papel y manos a la obra. Que no hay tiempo que perder.

- Nos podíamos repartir el trabajo. –Pensó Superdamon en voz alta, mientras prendía fuego a los papeles con su trasto-. Tú te vas a la valla y yo a la bibli.
- No, no, no. Que no me fío de ti. Vámonos juntos. Si se puede salir lo sabremos rápido. ¡Ven conmigo! ¡Corre! Te vas a quemar, tira eso al suelo ya.

Y justo cuando íbamos a cruzar la carretera interior para acercarnos a la vieja puerta de salida, a punto estuvieron de atropellarnos dos robots que circulaban por allí en ese mismo momento, dentro de su cápsula. Pasados unos metros detuvieron el reluciente vehículo y se bajaron. Nosotros seguimos corriendo mirando para atrás y vimos cómo se echaban mano al cinturón, sacaban su arma y uno de ellos nos apuntaba con ella.

No dijeron nada, no nos llamaron ni parecieron enfurecerse al vernos marchar. Seguimos corriendo hasta que llegamos a los altos abetos que bordeaban el recinto. Nos escondimos detrás y volvimos a mirar al lugar de los polis. ¿Lo pueden creer? Ya se habían ido.

Salimos de nuevo al borde de la carretera, sudando, sin dejar de mirar para todos lados y nos dirigimos hacia la izquierda, unos metros más allá. La puerta era tan sólo una valla metálica de mediana altura cerrada con un cerrojo, con una cadena vieja y un candado de acero codificado. Nosotros la saltamos y pasamos al otro lado, por donde continuaba la carretera hasta el fondo. Pero a cuatro o cinco metros se alzaba la enorme mampara de cristal, hasta la que llegamos. La tocamos y pudimos comprobar el grosor del cristal, parecía tan sólida como una roca, y no se veía el menor resquicio por ningún lado. Se hundía en el suelo sin ningún tipo de hendidura. Le dimos golpes y patadas, le tiramos piedras enormes, y ni siquiera se desprendió el menor cristalito. Aquello estaba visto. Por allí no había nada que hacer.

Nos dimos la vuelta hacia la Biblioteca de nuevo. El portalón estaba entreabierto. Subimos por dos cortos tramos de escalera y entramos en el universo de los libros.

Husmeamos medio corriendo los infinitos anaqueles de la sala con la mayor libertad, completamente solos –según creíamos- ojeando cada uno por nuestro lado cualquier cosa que nos parecía interesante. Exploré la Arquitectura desde Le Corbusier a Koolhaas y Calatrava, hasta nuestros días; indagué sórdidos libros de guerra, incidiendo en la defensa pasiva; encontré fortificaciones y bunkers; agoté catálogos de Ingeniería Megalítica donde se explica la construcción de las últimas maravillas del universo: puentes, túneles, presas, viaductos... ¡Para nada! Mientras tanto, Superdamon, después de gritar como loco taconeando encima de las mesas vacías, dejó de emitir el menor sonido –lo que era aún peor-: algo estaba tramando. Lo llamé y no me contestó. Lo encontré tirado en el suelo con unos comics guarretes.

Quedaban quince minutos para el fin de la clase: ¡no se podían mirar más libros en menos tiempo! Había que coger lo que más nos interesara y salir pitando. Damon pensó que el más apropiado era el que tenía en sus manos, “*Opener*” (El abrelatas), la historia erótica y gráfica de un cerrajero de urgencia, sin diálogos apenas. Y yo me decidí por otro gordísimo, del siglo XXI, llamado “*Under the dome*”, que tenía en la portada una ciudad envuelta por una cúpula transparente, exactamente como la nuestra.

Al llegar cada uno habló de sus hallazgos con poca convicción. Los informes eran negativos. Lo único bueno fue que a Lux y al chino los mandaron a seguir con la preparación del Aleph, nuestro verdadero tesoro, a la cámara secreta, que cada vez era menos secreta.

Nuestras pesquisas, como las de los demás reclusos del centro, aquella fría tarde de primavera apenas sirvió para confirmar la imposibilidad de escapar.

Esa noche un chico de la clase de Souleima, Martinr, el delegado de los mayores, sufrió una especie de lipotimia en las duchas del gimnasio. Martinr fue el único que se duchó después de la clase de Gimnasia. Lo sacaron con convulsiones y espasmos horribles, con la cara desencajada y con sangre saliéndole de la boca. Después de tratar de rehabilitarlo durante varias horas en la enfermería, a la

media noche fue desalojado por la puerta principal del Centro en un vehículo largo y oscuro, que entró y salió como una flecha del recinto.

Viernes 3 de abril de 2.724

En el desayuno, flotaba un clima de rabia y decepción. Por primera vez sentimos la presencia de la policía dentro de los comedores, que no permitía las reuniones de tres o más alumnos. La situación se tensó cuando a Superdemon lo agarró un robot por el brazo y le invitó a que se sentara en su sitio, porque mi amigo nos estaba explicando la movida de ayer de pie encima del asiento.

Tal como estaba empezó a dar voces en la misma cara del poli:

- ¡No me toqueees, imbééciiii! –Le dijo, enfurecido, expulsando saliva por su boca envenenada de ira.- ¿Quééé haceess? ¡No me vuelvas a tocaaar! ¡Que te revientoo!
- Siéntese, súper, por favor. No me haga perder la paciencia. –Fue toda la respuesta del androide, que respondía a una programación no beligerante.
- ¡Que te revientooo, plasticucho! ¡Cuidadito! –Y a medida que gritaba se iba calmando, hasta terminar por sentarse, impávido.

El policía siguió tranquilamente con su ronda a pesar del escupitajo de Superming, entre el silencio inaudito de los comensales que habían contemplado la escena. Por mi parte, intenté hacerle la zancadilla disimuladamente cuando se iba, y a punto estuvo de hincar el morro, lo que provocó las risotadas de algunos. Sin embargo, ¿lo creeréis? El policía ni se inmutó, siguió hacia adelante como si cualquier cosa. Mi amigo continuó después de haberle perdonado la vida:

- Mira como se hace el tonto –decía sorbiendo el zumo de piña-. ¡Si se rebota le doy! ¡A que le meto antes de que nos vayamos!
- Déjalo Damon. –Le dije- Es el último día que lo aguantaremos. Y el último día de clase, así es que acelera, que llegamos tarde.

La mañana de aquel día olvidable pasó despacio sin concentrarnos en las sucesivas materias.

De 8 a 9 h., cuando Legan pasó lista en clase de Astronomía, parecía la lectura de la lápida de los alumnos caídos. Con el mapa de nuestra galaxia iluminando con bellísimas luces de colores la pared del estrado, hablamos de escoger los mejores destinos posibles. El doctor Legan nos quiso seguir el juego, ampliando en primer plano nuestro querido Sistema Solar, como el único territorio realmente factible de ser colonizado. El resto del Universo se lo dejábamos a los malditos androides y a sus nuevos amos, para un viaje sólo de ida.

El maravilloso zoom nos puso enseguida de manifiesto la inmensidad del espacio y la ridiculez de nuestra existencia, lo que no ayudó a elevar la moral de la tropa. Quedarse escondidos en la seguridad de alguno de los cuatro pequeños planetas terrestres era aplazar el problema hasta que nos encontrasen. Tratar de colonizar las últimas lunas de Júpiter o de Saturno, debía ser nuestro objetivo, ya que resultaba impensable establecerse en uno de los tres últimos planetas del Sistema; en todo caso una temporada para esquiar.

A Música, la asignatura que mejor nos sentaba –como a las fieras- asistió apenas la mitad de la clase, y la Señorita Marie no sabía qué hacer con nosotros de lo apurada que se encontraba, y de 10 a 11, con la encantadora Dolie Left quedaron sólo cinco alumnos, a los que adormeció como harían sus madres en un rincón, contándoles historias de sus tiempos de juventud ajetreada. Nosotros nos reunimos en el dormitorio secreto con Ecolina y el doctor X, para decidir los pasajeros del Aleph, esa era la dura misión que les había encomendado el director.

Aunque Nere, Superming y yo mismo estuvimos presentes en aquel acto de selección divina –y no es por lavarme las manos-, sólo Superlux intervino realmente en las decisiones activamente,

siguiendo un inconfesable criterio. Nosotros nos limitamos a escuchar sus razonamientos e ir rellenando los datos de los elegidos. Finalmente se decidió ocupar el 100% de las plazas posibles: cinco bancos para cinco ocupantes cada uno, el piloto y los dos copilotos en el asiento delantero y dos espacios pegados al maletero que se habían habilitado de mala manera; 30 plazas en total.

En el recreo, los tres dioses, Ecolina, el doctor X y Superlux, se encargaron de repartir las tarjetas de invitación personal y confidencialmente de una en una, de la manera más discreta posible; ni siquiera pregunté si hubo quien se negara. Ya me enteraría al día siguiente. Parecía lógico que alguno se arrepintiera a última hora.

Superming a las doce en punto concluyó su obra, terminando por descubrir el gran orificio del techo de la buhardilla para refrescar un poco el ambiente sobrecargado de fuertes olores tecnológicos, exactamente con veinticuatro horas de antelación sobre el horario previsto de partida. Su trabajo había terminado y, aunque no podíamos ratificar su éxito con ningún tipo de prueba que nos llevase ni a la acera de enfrente, El Aleph estaba listo para el vuelo.

Como la lista, el destino también era secreto, para no dejar pistas, aunque se había decidido después de innumerables discusiones.

Pasó aquella mañana triste angustiados de ver sólo muertos vivientes. No tuve el valor de hablar con ninguno de ellos. Superlux se desahogaba descargando su conciencia con las explicaciones sobre su maldita selección.

- Yo no llevaría a Souleima por nada del mundo. Para que luego ande pavoneándose por ahí...Se cree muy guapa. Pero tío, que su madre está superpreñá y ya tiene bastante disgusto con el marido raptado, por lo menos que le sirva de consuelo a la pobre.
- Ya. –Asentía yo- Y volvía con otras.
- Las tres “desgracias” que me perdonen –siguió Lux-, y no es porque desentonen, siempre en grupito con sus enormes culos y sus tripones...Puestos a escoger...estas se quedan.
- WW es un poco pavita pero por lo menos sirve para algo. Tendrías que verla cuando saca su genio con Supermán.
- Y a la Marie, pues con la Nere, que es la madre de mi amiga. No hay más que hablar.

Y así siguió y siguió hasta que nos sentamos a comer, repasando uno por uno los descartados y los seleccionados más peregrinos.

Tras el almuerzo los viernes no hay estudio ni actividades regladas, por lo que se suele montar una fiesta al atardecer, al aire libre, si hace buen tiempo. Como estábamos “protegidos” por nuestra cúpula, para lo bueno y para lo malo, podían caer chuzos de punta que estaba absolutamente asegurado el festejo.

Después de asearnos y maquearnos lo justo, por el consabido temor al agua, acudimos a la pradera que está junto a las pistas; una verde explanada de césped donde se formaban grupitos sentados por el suelo, para charlar y beber el delicioso néctar –a falta de agua potable- escuchando la música de nuestros trastos.

A medida que pasaban las horas subía el volumen de la música y se iban soltando las lenguas, en un ruidoso vocerío *in crescendo*, como si la fiesta fuera en un autobús escolar. La movida se fue desplazando a los bordes del estanque anexo, donde los más atrevidos chapotearon primero tímidamente en el agua y poco a poco a grandes zancadas –libres ya de la hidrofobia-, hasta zambullirse como en una gran piscina infantil.

Las últimas sustancias del Metilfenidato se diluyeron en el abundante alcohol trasegado e hicieron salir los espíritus guerreros de toda la tropa. Antes de media noche apenas quedaba gente en el

césped y los cánticos revolucionarios resonaban en todo el Centro gracias a la gran caja de resonancia en la que estábamos encerrados.

La policía rondaba por los alrededores en las cápsulas sin atreverse a bajar a la arena. No puedo recordarlo bien, pero los androides apenas sirvieron esa noche fatídica para desalojar a algunas víctimas de encontronazos varios, de contados ahogamientos y unos pocos comas etílicos.

Sábado 4 de abril de 2.724. (El día "D").

La suerte estaba echada. Despertamos tirados por el suelo unos encima de otros: Superming, Damon y yo. Playmóvil, que no asistió a la fiesta por disponer de un trasto toda la noche, permaneció con su habitual sonrisa de felicidad, abrazando aquel chisme gigante, que no sé de dónde sacó, hasta que lo despertamos.

9:30 horas. Por primera vez doscientos setenta alumnos no tomarían su pastilla, siguiendo el plan elaborado por la asamblea de fugas. ¡Sí! ¡Era la guerra!

Después de desayunar, empaquetamos nuestras cosas cada cual en su pequeña mochila; poca cosa: un par de mudas, unos zapatos, una gorra, una tableta de Concerta y nuestro trasto personal, nada más.

Lux, a pesar de la recomendación de Ecolina, cargaría con su enorme maleta, donde además de los siete vestidos que tenía, los siete zapatos de tacón y las tres zapatillas; las doce blusas estampadas y las quince camisetas, cargó con un bolsón con toda la ropa sucia y además colgó seis muñecas por fuera en la red exterior, atadas como bebés ahorcados con el cordón umbilical.

Ahora el problema era llegar con nuestro equipaje sin despertar sospechas hasta el edificio de los comedores, donde esperaba nuestra Arca de Noé. Si los policías aparecían no quedaría más remedio que sacrificar alguna pieza.

El director había propuesto un plan: organizar un altercado en la otra punta del centro, poco antes de nuestra marcha, de la suficiente gravedad para que acudieran todos los robots. Realmente la idea estaba pensada siguiendo un ingenioso sistema, basado en la psicología inversa, prácticamente infalible con los Súper. Superming padre, sólo necesitó leer el comunicado oficial del Gobierno a los delegados negando la salida del Centro, la libertad de reunión y de organización, para prender la mecha.

El genial X.G. Ming había estudiado cada uno de los informes de los alumnos y profesores para tratar de escapar, y aunque sólo le convenció el que había desarrollado su hijo con la colaboración de Superlux y nosotros, quiso poner en práctica alguno de los más notables, aunque sólo fuera para usarlos como cebo.

Decidió experimentar el plan de fuga de la doctora Zeta, la señora del doctor Carson y madre de Souleima, que estaba embarazada y había diseñado un curioso plan en la otra punta de los comedores, en la piscina al aire libre, que estaba vacía y cubierta por un toldo azul hasta que llegara el verano. La idea era aprovechar su profundidad y el hecho de que se encontraba pegada a la cúpula, en el extremo suroeste del Centro, camino de Komala, para que varias personas se escabulleran en su interior y trataran de perforar un túnel lo más profundo posible hasta el exterior del recinto. El instrumental necesario se había retirado de los talleres y de la habitación secreta, porque Superming no lo necesitaría más.

Por otro lado decidió usar también a la vez el plan de Ecolina, que consistía en organizar una manifestación a las puertas del Centro, por donde se llevaron al doctor Carson y a Martinr, el único punto débil posible. Los manifestantes serían convocados por el conducto oficial a través de los delegados de cada aula. Sólo dos consignas: ¡LIBERTAD A LOS SÚPER! ¡NO SOMOS MUTANTES!

Terminado el desayuno más ruidoso del curso se fueron reuniendo los alumnos convocados a la manifestación a las puertas del aulario, que no necesitaron saber su verdadera misión para acudir en masa a aquel justificadísimo evento. Mientras se juntaban, algunos fueron a las clases a pintar carteles reivindicativos y otros a surtirse de palos y demás instrumental de batalla. Entre la multitud fue fácil camuflar el utillaje necesario para el túnel de la piscina.

10 horas. Bajamos junto a ellos un buen rato hasta que partieron hacia los vestuarios del estadio. Nos quedamos con la excusa de avisar a los que quedaran en los dormitorios, no sin antes entonar junto a los demás nuestros revolucionarios cantos:

-¡¡¡LI-BER-TAD A LOS SÚ-PER. LI-BER-TAD!!!

El ruidoso tumulto giró a la izquierda por el salón de actos y se paró frente a los laboratorios, en cuyos muros estamparon expresivas pintadas.

10:30 horas. Al pasar por las salas de juegos, junto a los aparcamientos del sur y a la piscina exterior, los encargados del trabajo de excavación del túnel explicaron al grupo que tenían órdenes del director de actuar allí como retenes de los policías, con todo su armamento, para dar tiempo de avisar al resto de la manifestación y contenerlos todo lo posible para que no les pillara de sorpresa una carga policial. Inmediatamente que los manifestantes se giraron por el gimnasio hacia la biblioteca y la sala de conciertos, los excavadores se dieron la vuelta por el lateral de las salas de juegos hasta llegar por detrás a la piscina, por la que fue fácil introducirse por un rincón, hasta llegar al punto más extremo, por donde se había decidido empezar a cavar, dejando dos alumnos en el exterior para poder dar la alarma.

Con rabia apenas contenida los vigilantes se unieron al tropel de compañeros gritando con los puños en alto:

- ¡¡¡NO SO-MOS MU-TAN-TES!!! ¡¡¡SO-LO SO-MOS ES-TU-DIAN-TES!!!

11 horas. La manifestación llega a las puertas del Centro, donde les espera toda la patrulla de robots: dos de ellos dentro de una cápsula brillante y ovalada, otros dos fuera, apostados detrás de una segunda cápsula con rifles de mira telescópica, y un quinto, por delante de todos, armado hasta los dientes, con un lanzamisiles recortado en ristre y una cartuchera de obuses y bombas de mano alrededor de su cintura, como un muñeco de Michelin.

El director espera junto a los policías en la garita de la entrada. Ha estado hablando con ellos, tratando de ponerle las cosas duras para llamar su atención, pero no tanto como para provocar un altercado fatal.

A esa hora Superlux aún no ha conseguido cerrar su maleta y Damon y yo saltamos histéricos sobre las camas irrompibles como dos pulgas gigantes.

11:30 horas. Sudorosos, descendimos con las mochilas colgadas sigilosamente hasta la puerta de la residencia, donde las secuaces ayudaban a Superlux a colocar sus muñecas en la rejilla de la maleta.

- ¡Vamos! ¡Joder! ¡Deprisa! –Urgió Superdemon.
- ¡Antes de que se acerque la poli! –Reforcé yo después.
- ¡Está loca! No lo ves que está loca. Que se lo quiere llevar todo. –Soltó Supermatie.
- ¡Ja, ja, ja, ja! ¿De quién es el Cumpleaños? –Rió Superlux- ¡Vamos a ver! –Y siguió:
- ¡Va a ser la fiesta más guapa del Universo! ¿Sí o no? ¡Ja, ja, ja, ja! –Rió.

Fuera se oía el lejano murmullo de la manifestación. Cuando cruzábamos la carretera para entrar en los comedores se escuchó una fuerte explosión, seguida de un silencio espectral y de un estruendo de gritos y voces. ¡Había gresca!

- ¡Deprisa, entrad, pasad hacia dentro y subid en el montacargas! Yo me quedo aquí vigilando. Sube tú también, -me dijo mi amigo Damon, excitado- ¡Esas niñas idiotas!
- ¿Para qué? –Pregunté, intrigado por aquel gesto heroico.
- Me dijo el dire que me quedara aquí para dar la alarma si llegaba la poli. Sube de una vez con esas. Los demás ya estarán arriba.

Y subimos arrastrando entre tres la maleta de Superlux, con las muñecas colgando

11:45 horas. Arriba estaba la habitación atestada de gente y de equipajes, a pesar de que ya algunos habían estado subiendo a la nave a través del estrecho pasillo y de las exiguas escaleras de caracol.

- ¡Hola! ¡Hola! ¿Cómo va eso? ¿Qué tal, Superming?
- ¡Vamoh poned lah mochilah en su sitio! ¿Quéh esto? ¡Pol Dioh! ¡Pol favol, qué valol Superlux. ¿Cómo hah podido tlaelte todo ehto? –Gritaba nervioso nuestro mágico chino, mientras ascendían uno detrás de otro por la escalerilla metálica.
- Me dijo Supersol que en el fin del mundo no había ninguna boutique y me eché a temblar. ¡Ja, ja, ja, ja! –Contestó riendo Superlux.
- ¡Te has pasao siete planetas, querida! –apuntó una de sus secuaces.
- ¡De eso nada, bonita! Los siete planetas los vamos a pasar ahora. ¡Ja, ja, ja, ja! –Volvió a reir Lux, histérica.
- ¡Venga! ¡Subiendo lápido! Cada uno a su asiento. ¿Quién queda? En un minuto pongo loh motoleh en malcha, ¿entendido? –Advirtió Superming y luego preguntó- ¿Está todo bien?
- Que yo sepa falta por subir Superdamon –salté yo enseguida- que está abajo montando guardia, y tu padre, que no se habrá podido escapar de la manifestación o de la policía. Estarán al llegar. No nos podemos ir sin ellos.
- ¡Damooonn! –Grité.
- ¡Pssss! –Chistaron varios a la vez.
- ¡Calla, joder! ¡No grites! Que puede haber un maldito robot por ahí. –Se le oyó decir a un profesor detrás- ¡Aquí cada uno sabe lo que tiene que hacer! ¡Ya somos mayorcitos!

11:55 horas. Los motores se pusieron en marcha. Se podía contemplar el cielo azul luminoso desde los asientos del Aleph.

- ¡Abróchense los cinturones! –Avisó Superming desde la cabina.
- ¡Espera, chino, joder! –Grité sin querer otra vez-. ¡Damon estará ya subiendo!
- Lo siento, mi padle tampoco está, pelo no se puede espelal. La nave está plepalada pala paltil a las doce en punto.- Ordenó Superming muy serio y firme a la vez.

A las 11:59 h. Superdamon entraba en la sala y pegaba un portazo detrás de él. Se subió de un salto a la nave y se puso el cinturón.

- ¡Hola a todos! –Gritó mi amigo sonriendo-. ¡Acelera que estaban los polis en la puerta!

Entonces como estaba previsto, Superlux hizo los honores iniciando la cuenta a atrás cuando sólo faltaban diez segundos para la ignición, leyendo los dígitos del gran reloj del salpicadero del Aleph.

- DIEZ, NUEVE, OCHO, SIETE –una lágrima apareció en sus bonitos ojos-, SEIS, CINCO, CUATRO –y una sonrisa a la vez adornó su semblante hermoso.

Y en voz más alta, casi gritando terminó:

- ¡TRES!, ¡DOS!, ¡UNO!...¡¡¡CERO!!!

Era casi la hora de servir la tarta. En un amplio jardín con piscina y pista polideportiva, tras unos bonitos edificios de viviendas sombreados por altos eucaliptos, un grupo de amigos unidos por la afinidad de sus hijos celebraban el octavo cumpleaños de uno de ellos:

- ¿Dónde están los refrescos? ¡Mamá! –Gritó Superlux, la anfitriona.
- Están aquí. ¡Venid! ¿Pero dónde vais ahora? –Contestó Ecolina, que preparaba con su amiga Matie los platos y cucharas de plástico, en la otra punta del agradable recinto.
- Vamos a cerrar la puerta del jardín. Que ya estamos todos. Acaban de llegar los hermanos de Superming.
- ¿Has contado a todos los invitados? –le preguntó su mamá, acercándose un poco para no tener que gritar.
- Sí. Ya no falta nadie.
- ¿Y para qué queréis cerrar? –Preguntó Many, el padre de Matie, metiéndose donde no le llamaban.
- ¡Para que no se escape nadie! ¡Ji, ji, ji, ji! –Rieron Lux y sus amiguitas.
- ¿Y cuántos estamos? –Interrogó su madre.
- En total, con los hermanos de Superming, papá, Playmóvil y nosotras, somos treinta y dos –calculó Superlux.
- Pues entonces es verdad, estamos todos, pero no cierras, anda –Dijo Ecolina.
- ¡Qué guapa estás! Y vosotras ¡qué elegantes estáis todas! –le dio un beso a su hijita y le tiró otro a sus amigas Lorie, Matie y Nereida, que se habían vestido para la ocasión-. Pero ¡sentarse un poquito! Que lleváis to el día pa arriba y pa abajo, ¡por Dios!

Yo también tenía sed. Estaba con Damon y Superming echándome unas canastas y sudando como un pollo. Había mejorado mi entrada en bandeja, pero tenía que practicar los tiros en suspensión.

- ¡Víctorix! ¡Puñeta!, ¡pásamela ya de una vez! Que has tirado tres veces seguidas. –Se quejó Superdamon con razón y los puños apretados.
- ¡La última! –Lancé y ni tocó el aro-. ¡Toma ya! ¿Has visto eso, papá? –Le dije a mi padre, que nos rondaba con su amigo Dexter, a ver si podían enganchar algún triple.
- Papá, dame agua, “por favor” –Le dije, como yo sabía decirlo para que me hiciera caso.
- ¿Dónde vas, Jota? –Preguntó Supersol, mi mamá, que reposaba sentada charlando en un corro con Marie, la madre de Nere, Dolie, la de Superlorie, Gelleng y Carmina.
- Tu hijo: que quiere agua, querida, que tiene sed, dice. –Contestó mi padre.

Un poco más allá el doctor Carson se levantó y le alcanzó una botella.

- Gracias Carson. Qué bien estáis juntitos los tres en familia –les dijo mi madre al grupito.
- Es verdad, más unidos que nunca. –Comentó la doctora Zeta, la embarazadísima esposa del doctor Carson, que contemplaba embobada a su hija Souleima, como pensando que ojalá le saliera el hijito tan guapo como ella, pero un poco más tranquilito.
- Los hijos también unen, ¿verdad? – dijo mi madre acercándole el agua a mi padre, mientras hablaba con la señora Carson y con su marido a la vez-. ¡Toma! Dale agua y dile que descanse un poquito. ¡Si es que lleva desde las doce que llegamos corriendo como un loco!
- Como el nuestro -confirmó a su vez Carmina, la madre de Damon, tocándole en el hombro al doctor Hoseph, que tenía una animada charla con Legan, con Ming padre y con el doctor X, el padre de Superlux.- ¡Llevan to el santo día, los tres!

Los cuatro padres se volvieron hacia el grupo de madres y coincidieron graciosamente al decir:

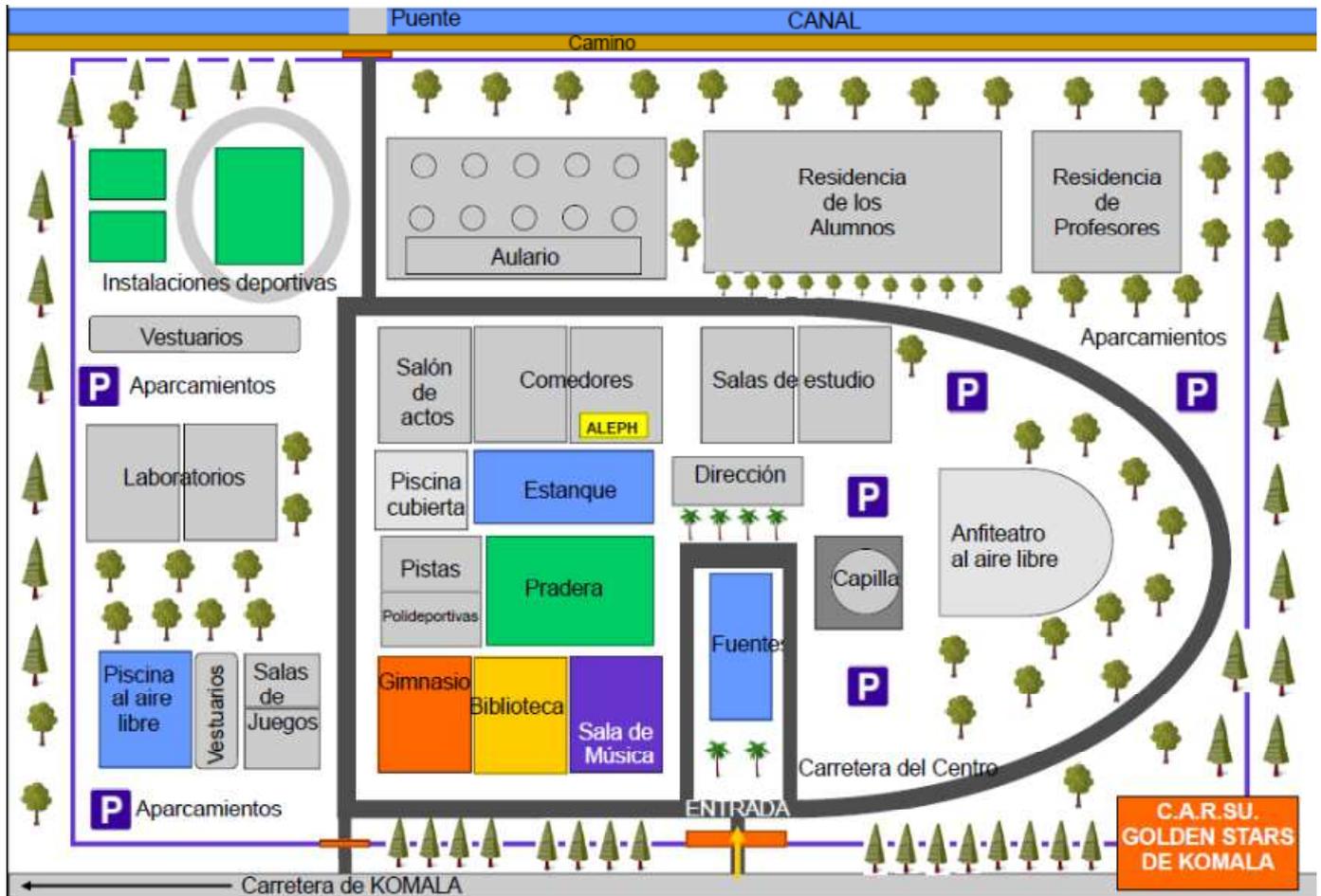
- ¡SI ES QUE NO PARAN!
- ¡JA, JA, JA, JA, JA, JA!

Córdoba 18 de junio de 2014 (J)

CENTRO DE ALTO RENDIMIENTO DE SUPERACTIVOS

“GOLDEN STARS” DE KOMALA:

©JOTA



DRAMATIS PERSONAE:

- LUX, SUPERLUX: Es la protagonista de este relato.
- MING, X.G. MING, SUPERMING: Es el alumno chino, genial inventor del Aleph e hijo del director A.G. MING y de Gelleng.
- DAMON, SUPERDAMON: Es un alumno, amigo de Superlux.
- NERE, NEREIDA, SUPERNERE: Alumna compa1era y amiga de Superlux.
- MATIE, SUPERMATIE: Alumna compa1era y amiga de Superlux.
- LORIE, SUPERLORIE: Alumna compa1era y amiga de Superlux.
- DEXTER: Es el profesor de Inform6tica Multilingüe, aficionado a los libros de consulta.
- JOTA, DOCTOR J: Es el enigm6tico profesor de Rob3tica, tutor de Superlux.
- CARSON, DOCTOR CARSON: Profesor de Biolog6a Molecular, padre de Souleima. Fue detenido por el Gobierno.
- SOULEIMA: Alumna del 6ltimo curso, hija del doctor Carson y la doctora Zeta.
- ECOLINA, SUPERECOLINA: Profesora de Medicina Natural. Despu6s mamá de Lux.
- DOCTOR X, DOCTOR XAVIER: Profesor de F6sica Cu6ntica. Despu6s pap6 de Lux.
- SOL, SUPERSOL: La despampanante profesora de 6lgebra y despu6s esposa de Jota y madre de V6ctorix.
- A.G. MING: El genial director chino- sin acento- del Centro y l6der de los S6per, marido de Gelleng y padre de Superming.
- GELLENG: Esposa y secretaria del director del Centro y madre de Superming.
- MANIE, SUPERMAN: Profesor de Educaci3n f6sica, despu6s padre de Supermatie.
- MATIE, WW: Profesora de Gimnasia, despu6s madre de Supermatie.
- DOCTORA ZETA: Profesora del Centro, esposa del doctor Carson y madre de Souleima.
- DOCTOR HOSEPH VON ORF: Antiguo director del Centro, padre de Superdamon y marido y jefe de Carmina 6ngelis.
- CARMINA 6NGELIS: Esposa y secretaria del doctor Hoseph y madre de Superdamon.
- MARIE, SUPERMARIE: Profesora de M6sica y Canto y madre despu6s de Supernere.
- DOCTOR LEGAN: Profesor de Astronom6a y padre despu6s de Superlorie.
- DOLIE LEFT: Profesora maternal del Centro, despu6s madre de Superlorie.
- V6CTORIX: Alumno amigo de Superlux, de Superdamon y Superming. Narrador y coprotagonista de este cuento fant6stico.